

antonio cornejo polar

Mujer sin equipaje. El Viaje de Flora Tristán al Perú

Author(s): Leila Gómez

Source: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 2014, Año 40, No. 80 (2014), pp. 169-186

Published by: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/43855157>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*

MUJER SIN EQUIPAJE. EL VIAJE DE FLORA TRISTÁN AL PERÚ

Leila Gómez
University of Colorado at Boulder

Resumen

El viaje de Flora Tristán de Francia al Perú ha sido estudiado por los críticos del imperio como el de una viajera eurocéntrica. Aunque la interpretación de la mirada imperial de Flora Tristán sobre los peruanos es muy persuasiva, en este artículo llevo la lectura de *Peregrinaciones de una paria* (1833-1834) en un sentido diferente. Propongo definir e interpretar la *persona pública* de Flora Tristán como paria y cosmopolita a partir de examinar los objetos, especialmente la ropa, con los que ella viaja. Flora Tristán sale pobre de Francia y regresa dos años más tarde aún más pobre. Sostengo que esta carencia de equipaje hace posible la construcción de su persona pública como la de un héroe romántico de “superioridad moral”.

Palabras clave: Flora Tristán, literatura de viajes, Peregrinaciones de una paria, socialismo utópico.

Abstract

Flora Tristán's voyage from France to Peru has been studied by critics of empire as that of a Eurocentric traveler. Although an interpretation of Flora Tristán's imperial gaze is more than persuasive, in this article I carry out a reading of her *Peregrinations of a Pariah* (1833-1834) in a different direction. I propose to define and interpret Flora Tristán's *public persona* as a pariah and a cosmopolite by examining the objects, especially clothes, with which she travels. Flora Tristán left France for Peru in poverty, to return even poorer two years later. I hold that her lack of luggage makes possible the construction of her public persona as a romantic hero of “moral superiority”.

Keywords: Flora Tristán, travel literature, *Peregrinations of a Pariah*, utopian socialism.

Flora Tristán fue una viajera interesada no en sólo describir, analizar y juzgar los lugares visitados –África, Perú, Londres y Francia–, sino también en reflexionar sobre la práctica y condicionamientos de la mujer viajera. *Nécessité de faire bon accueil aux femmes étrangères*

(1835), panfleto escrito a su regreso de América y Londres, es una reflexión y una denuncia de la situación de las mujeres que se ven forzadas en la esfera pública, en gran medida masculina, de los viajes, situación en que son percibidas como mujeres “libres” y por lo tanto como blanco del prejuicio y las miradas de todos, merecedoras del peor servicio y de habitaciones de segunda categoría. La autora describe la situación infame de aquellas mujeres que luego de ser seducidas son abandonadas por sus acompañantes en mitad del camino. El viaje de las mujeres fue un tema que preocupó a Flora Tristán en múltiples escritos, también en *Péregrinations d'une paria* (1838), relato de su viaje al Perú que asimismo emprendió sola entre 1833 y 1834.

Patricia Boscia-Mulé sostiene que, más adelante en su carrera, mientras realizaba su *tour* por Francia organizando obreros, Flora Tristán asumió la figura pública de una “madre mesiánica”, conforme a la ideología del socialismo utópico francés, según la cual una mujer sería la guía de los hombres hacia el cambio social. En la combinación del socialismo utópico con el romanticismo de la época, esta “madre mesiática” era “un gigante moral”, rebelde, incomprendido y solitario, para quien la muerte por defender el honor era preferible a rendirse frente a la mediocridad de los otros (Boscia-Mulé 149). Como hija ilegítima y mujer divorciada, Flora Tristán estaba condenada al ostracismo del paria, figura que ella transforma en virtuosa al asumir el rol, también solitario pero paradigmático, de madre de los obreros, la que los guiaría a un grado mayor de superioridad moral. Adherir a esta metáfora romántica y patriarcal de la madre abnegada y sabia, “una mujer idealizada”, parece haber servido a fines estratégicos tanto feministas como socialistas (Boscia-Mulé 150). Se trató de la elección de un símbolo cultural poderoso.

La construcción de la persona pública es menos idiosincrática y menos independiente de lo que parece. La mayor parte de las veces es seleccionada de una gama reconocible de modelos culturales que tienen significado solamente dentro de contextos simbólicos específicos (Boscia-Mulé 138), como se dijo anteriormente, el socialismo utópico y el romanticismo, por ejemplo. En este trabajo me propongo estudiar la figura pública que Flora Tristán asume para dar mayor poder simbólico a su condición de paria en *Peregrinaciones*, libro anterior a su lucha política. En su relato de viaje al Perú, la paria

se identifica con la figura romántica del “verdadero marinero”. Esta simbiosis es elocuente en la medida en que el verdadero marinero le otorga a la paria la superioridad moral de los sentimientos y la espiritualidad sobre el materialismo. Asimismo el verdadero marinero adhiere al idealismo saint-simoniano del internacionalismo (que después retomará Marx para pensar la unión internacional de los obreros). La materialidad que rodeó y dio forma al viaje de Flora Tristán organizó un sistema de referencias que lejos de adscribirla a un lugar de origen o procedencia (pongamos por ejemplo Francia o Perú, Europa o América), la ubicó en la movilidad del entre lugar, del ir y venir y del pasaje constante.

Ser paria para Flora Tristán significó no tener familia ni nación, como el “verdadero marinero”, de ahí su ubicuidad tanto en el canon europeo como peruano. ¿Es Flora Tristán francesa o peruana o no es ninguna de las dos cosas¹? En mi análisis del entre lugar que ocupa “el verdadero marinero” pretendo asimismo aportar a una reflexión general sobre la literatura de viajes y el viaje en sí, literatura y práctica a las que Flora Tristán aporta de manera elocuente y original. Específicamente me propongo hablar de los objetos o mejor dicho las cosas con las que Flora Tristán viaja, sus maletas, su equipaje, sus vestidos, sus libros, su *toilette* como diría ella. Adelanto que

¹ Según Jorge Basadre anota en su prólogo a la primera edición de la traducción completa de *Peregrinaciones de una paria* al español, luego de quemado el libro en el Perú por orden de su tío a mediados del siglo XIX, la primera en romper el silencio acerca de Flora Tristán fue Carolina Freyre de Jaimes, quien leyó en 1875 en el club literario de Lima, una conferencia titulada “Flora Tristán, apuntes sobre una vida y obra”. En 1915, Abraham Valdelomar trazó una biografía de Francisca Zubiaga de Gamarra sobre la visión que de la Mariscala presentara Flora en su libro de viajes al Perú. En 1923 y a raíz de una traducción inédita, Basadre publica en el Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos, “Al margen de un libro olvidado” sobre *Peregrinaciones*. Las publicaciones sobre Flora Tristán aumentan en el siglo XX; entre ellas cabe mencionar el capítulo perteneciente al tercer volumen de la “Literatura peruana” de Luis Alberto Sánchez (Concepción, 1933) y la biografía novelada de *Una mujer sola frente al mundo* (Buenos Aires, 1942), “Flora Tristán, la precursora” de Magda Portal (Santiago 1944 y Lima 1945), entre otras obras (v. Basadre, “Prólogo” XX-XXI). Más recientemente hay que mencionar la novela de Mario Vargas Llosa sobre Flora Tristán y su nieto Paul Gauguin *El paraíso en la otra esquina* (2003).

estas cosas cobran importancia justamente por su ausencia, no hay descripción abundante de ellas y sólo aparecen en momentos claves del relato. Llama la atención este vacío cuando se contrasta con la fuerte presencia de los objetos en los relatos de viajeros decimonónicos, en donde las cosas son agentes al punto de transformarse en quasi-sujetos. Sostengo que es esta ausencia de objetos la que sin embargo organiza nuevos modos de mirar y nuevos modos de narrar el viaje de Flora Tristán.

Los objetos en el relato de viaje

A menudo la crítica estudia el relato de viaje enfatizando las concepciones ideológicas del viajero, sus prejuicios y sus mecanismos de representación de la otredad encontrada durante su periplo. En la misma línea que inicia *Orientalismo* (1978) de Edward Said, libros como *Imperial Eyes* (1992), de Mary Louise Pratt o *Culturas imperiales* (2005), de Ricardo Salvatore, exploran el encuentro conflictivo de subjetividades imperiales con la otredad y la preeminencia del “oikos”, el hogar, el punto de partida epistemológico del viajero, al que parece nunca abandonar e indefectiblemente regresar (Van Den Abbeele). Mi propuesta aquí es estudiar no tanto o por lo menos no únicamente la subjetividad del viajero (su punto de partida epistemológico), sino la agencia de los objetos con los que viaja y la manera en que estos objetos determinan un viaje de vuelta. Bruno Latour ha descrito la circulación de los objetos del conocimiento como un movimiento de capitalización en los centros de cálculo (bibliotecas, universidades, laboratorios) de las mercancías trasladadas desde diferentes puntos de la tierra hacia las instituciones metropolitanas. Este movimiento ha sido propiciado principalmente por viajes y viajeros científicos, pero las cosas en sí movidas en la circulación, transferencia, traducción y desplazamiento de diferentes regiones a diferentes centros, lejos de ser objetos totalmente inanimados y de estar a expensas del accionar de los sujetos, son más bien, como señala Bill Brown en “Thing Theory”, “cuasi-objetos” o “cuasi sujetos” en la medida en que no pierden su potencialidad de afectar nuestras ideas y organizar nuestros afectos públicos y privados (Brown 141).

Un buen ejemplo de esto es el del viajero Alexander von Humboldt, para quien los objetos y su traslado fueron grandes condicionantes del viaje tanto de ida como de vuelta. En 1804, después de cinco años en las colonias americanas de España, Humboldt regresa a Europa con 35 cajas llenas de tesoros botánicos, geológicos y astronómicos. Estas cajas contenían las mercancías que garantizarían el éxito de su empresa y la credibilidad de sus publicaciones científicas en la metrópoli. Eran la evidencia que la autonomía del conocimiento científico exigía: 6,000 plantas equinocciales, semillas, conchas, insectos que nunca antes habían sido llevados a Europa, especímenes vegetales, animales y minerales del Chimborazo, Nueva Granada, y los afluentes del Amazonas. Humboldt era muy consciente de la importancia de su tesoro, trasladándolo en las circunstancias más desfavorables a lo largo de cinco años, a través de la cordillera de los Andes, Nueva España y las costas del Pacífico. Las cajas retrasaban el avance del viajero y su comitiva, y el progreso de las expediciones al punto de hacerse necesarias más de veinte mulas para su traslado, con indígenas baqueanos dirigiendo la enorme caravana (Gómez). Humboldt también enviaba duplicados a Europa, pero sólo una porción de los envíos llegaba a destino gracias a instituciones como la Royal Society of London en la labor de valiosos intermediarios. La mayoría de estos paquetes quedaban condenados al olvido en puertos extranjeros o eran cooptados en barcos asaltados por piratas. El mismo Humboldt decía que “A traveler can be sure only of the objects in his own possession” (Humboldt xiv). Gracias a estas colecciones de objetos móviles y las nuevas taxonomías que pudo crear a partir de ellas, el trabajo escrito de Humboldt, sus tratados naturalistas, aportaron a la acumulación del conocimiento científico y la circulación de los objetos de la que habla Latour.

Como vemos, en este movimiento de objetos la metrópolis ocupa un lugar predominante, es ella la que organiza las directivas sobre los modos de recolección de objetos y es a ella a donde regresan las muestras que serán estudiadas y teorizadas en laboratorios, universidades, museos. Es decir que el viajero no sólo lleva objetos de la periferia al centro, sino que a la inversa, del centro a la periferia lleva mapas, libros, protocolos que funcionan como guías de lectura, interpretación y extracción de la realidad visitada. Los viajeros científicos

ficos no son los únicos aferrados a las cosas que se trasladan desde y para la metrópolis, en general todos los viajeros lo hacen, basta pensar en la cultura del *souvenir* del viajero turista. Un estudio detallado de las viajeras mujeres revela la importancia que éstas dan a su equipaje como modo de distinción y capitalización de la pertenencia al país de origen. Basta recordar el ejemplo de la argentina Eduarda Mansilla, cuyos vestidos a la moda europea marcan su relación de superioridad con respecto a las americanas ricas con las que interactúa en su viaje por Estados Unidos a fines del siglo XIX. Los vestidos parisinos de Eduarda Mansilla son signos de distinción social, de origen de clase y superioridad moral para la viajera². El capital social de Mansilla radica justamente en estos signos de distinción, que ella exacerba en su carácter de extranjera o recién llegada a un grupo diferente y en el que los saberes y garantías de lo propio se encuentran amenazados. En su viaje a Saratoga, destino turístico del veraneo de los norteamericanos, los baúles con los que viaja, su vestimenta y sus preferencias alimenticias son reflejo de su inadecuación al ambiente y de lo que ella interpreta como superioridad de clase y origen social:

“Pero cómo hacen estas mujeres” –preguntaba yo indignada a nuestro paciente *cicerone*–, “para vestirse con tantas zarandajas en esas cuevas que ni espejo tienen?” y Molina, sonriendo, respondía “son Yankees, señora”. Mal o bien, yo y mis chiquillos cambiamos el polvoroso traje de viaje, por galas parisienses, que a decir verdad, hallé insuficientes, cuando penetrámos en aquel comedor, preparado para cuatrocientas personas. Las *ladies* estaban todas, sin excepción, vestidas de baile, salvo que los corpiños eran subidos;

² Uso aquí el término distinción social conforme a la definición que le da el sociólogo Pierre Bourdieu, para quien “No existe nada que distinga tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas, la aptitud para adoptar un punto de vista propiamente estético sobre unos objetos ya constituidos estéticamente –y por consiguiente designados a la admiración de aquellos que ha aprendido a reconocer los signos de lo admirable– y, lo que aún es más raro de encontrar, la capacidad de constituir estéticamente cualquier clase de objetos o incluso objetos “vulgares” (porque son apropiados estéticamente o no, por el “vulgo”) o de comprometer los principios de una estética “pura” en las opciones más ordinarias de la existencia ordinaria, por ejemplo, en materia de cocina, de vestimenta o de decoración” (Bourdieu 37). En el caso de Mansilla, y en el capítulo que se recuerda en este ensayo, la distinción de clase se manifiesta en el gusto que expresa por la vestimenta, la comida y el baile de los americanos ricos.

pero no les faltaban ni encajes ni joyas, ni mucho menos flores artificiales en la cabeza [...]. Confieso que sentí cierto malhumor, al verme tan modestamente ataviada, con mi vestido de tela cruda, que a pesar de estar firmado Laferrière, quedaba completamente eclipsado por el de mi bella rubia vecina [...]. La *miss* comía con guantes, y comía con excelente apetito, a pesar del sinnúmero de moscas, que volvían difícil y odiosa aquella tarea. Pero como esos inconvenientes eran soportados con flema sajona por toda la sociedad, salvo nosotros, no creo del caso alabar con exceso los méritos de aquella coqueta rubia (Mansilla 100).

Una manera de asegurar la distinción social es la de trasladarse con los objetos que refuerzan la pertenencia simbólica al “hogar” de legitimidad que garantiza las seguridades de lo propio. No sólo se trasladan objetos, sino también las personas que acompañan al viajero. En estos relatos el viaje nunca es solitario. Las mujeres en el XIX por lo general viajan con sus familias, acompañando a esposos en misiones políticas o comerciales y viajan también con sus hijos, y su servicio personal de empleados, lo que añade una serie significativa de objetos al traslado.

Los objetos en el relato de Flora Tristán

Pero Flora Tristán viaja sola y las cosas con las que viaja casi nunca son descritas. En el contexto de los relatos de viajeros antes mencionados, la ausencia de los objetos de la viajera es clamorosa y lo es más aún el hecho de que su equipaje sólo sea mencionado en situaciones específicas de movilidad: la ausencia de equipaje le sirve a Flora Tristán para moverse o para establecerse en un lugar determinado según le convenga. Como señala Brown en su “Thing Theory”:

We look through objects because there is a discourse of objectivity that allows us to use them as facts. A *thing*, in contrast, can hardly function as a window. We begin to confront the thingness of objects when they stop working for us: when the drill breaks, when the car stalls, when the window gets filthy, when their flow within the circuits of production and distribution, consumption and exhibition, has been arrested, however momentarily. The story of the objects asserting themselves as things, then, is the story of a changed relation to the human subject and thus the story of how things really names less an object than a particular subject-object relation (Brown 140).

Me interesa leer la ausencia de equipaje en el relato de Flora Tristán como una muestra de relación “cambiada”, particular, entre sujeto y objeto, para entender de un modo más profundo y quizás ni siquiera advertido por la misma viajera, su condición de paria.

Flora Tristán repara en los objetos siempre que no sean de su posesión y los describe como objetos, es decir como hechos sobre los que pretende establecer una relación de orden y procedencia. El mobiliario de las habitaciones, por ejemplo, ocupa buena parte de sus descripciones de los ambientes y sirve para adscribirlos a gustos y nacionalidades específicas, francesas e inglesas, como por ejemplo en el caso de las casas visitadas en la primera escala de su viaje en Praia: “Nuestra mesa estaba servida igualmente al uso de Inglaterra y de América del Norte. Comimos en grandes platos con dibujos azules, bebimos cerveza en vasos grandes y el oporto en pequeños. Nuestros cuchillos y nuestros tenedores estaban pulidos como si fuesen nuevos [...]”. Y luego, hablando de otra visita:

Nos recibió en una gran pieza oscura, mal enladrillada y de aspecto triste. El mobiliario tenía algo de extraño y en cuanto entramos nos llamó la atención. Era fácil reconocer que esta pieza había sido habitada por un francés. Las paredes estaban tapizadas con malos grabados que representaban a Bonaparte en cuatro o cinco actitudes diferentes. Todos los generales del Imperio y las principales batallas simétricamente colocadas [...] (Tristán, *Peregrinaciones* 49).

Algo similar ocurre a su llegada a Arequipa al describir las habitaciones de la casa de su tío Pío Tristán como propias de una casa española.

Sin embargo, cuando se trata de su propia vestimenta, el lector atento tropieza con los obstáculos de las cosas que se muestran por su ausencia o particularidad, como diría Brown. En el viaje por el desierto que media entre Islay y Arequipa, Flora Tristán contrasta su vestimenta con la de su acompañante provisto en exceso:

El doctor tenía un pantalón de piel que había usado en su viaje a México, botas con largas espuelas provenientes igualmente de México, una pequeña casaca de caza paño verde, tan apretada y tan raída que podía uno temer verla reventarse en cualquier momento. Tenía la cabeza cubierta por un casquete negro de seda y encima de este un enorme sombrero de paja. A esto hay que añadir el acompañamiento de canastas y botellas por delante su mula y sobre la grupa, mantas, alfombras, fulares, abrigos; en una palabra, todos los arreos de un hombre habituado a viajar por el desierto y que

teme la falta de todo. En cuanto a mí, ignoraba lo que eran tales viajes y había salido como lo hubiese hecho para ir de París a Orléans (Tristán, *Peregrinaciones* 143).

Obviamente, en el transcurso del viaje, Flora Tristán sufre las inclemencias del clima y la geografía, llegando a aceptar un gran poncho forrado en franela para poder avanzar sin sufrir por la temperatura. La situación de la cabalgata por el desierto de Islay a Arequipa es narrada como un *via cruxis*, en el que la viajera llega al punto de desvanecerse y perder la conciencia, no sólo por las inclemencias del viaje, sino también y principalmente por la carencia de un equipaje adecuado para tales condiciones. Sin embargo, esta falta de provisión encuentra a cada paso la generosidad y protección de agentes, en su mayoría masculinos, que intentan aliviar la condición de precariedad de Flora Tristán. En este mismo viaje por el desierto, si bien es cierto que el doctor que la acompaña le ha dado la peor mula quedándose él con el mejor caballo, otros dos jinetes acuden en su auxilio constante, brindándole apoyo material, moral y hasta médico. La precariedad no es sinónimo de ausencia de capital social, con el que sin duda contaba Flora Tristán al ser una mujer atractiva y educada³ y al pertenecer —o mejor dicho— reclamar su pertenencia a las familias más encumbradas del Perú.

A partir de este viaje, comienza una serie de aclaraciones acerca de su vestuario que casi siempre es prestado, hecho a las apuradas por sus familiares para dárselo en ocasiones de emergencia. Se trata de vestidos que improvisan o quizás evidencian una paulatina adap-

³ La belleza de Flora Tristán es un tema de interés constante para sus biógrafos, críticos y retratistas. Como ejemplo cito a William Darr en su prólogo de 1980 a *Flora Tristán's London Journal, 1840* (la traducción de *Promenades dans Londres*): “Alphonse Constant ... called her a Circe without a wand: ‘her Andalusian beauty with its gossamer black tresses and hand of ivory that would have daunted the chisel of Phidias’ captured his heart as it did the hearts of many, women as well as men, who aspired to become her lovers but settled reluctantly for privilege of joining her disciples” (Darr v). En *Peregrinaciones de una paria* hay por lo menos dos hombres que mueren de amor por Flora Tristán: el capitán del barco en el que viaja, M. Chabrié, y el coronel Escudero, asesor y mano derecha de Pancha de Gamarra. Flora Tristán deja a ambos tratando de evitar la bigamia, ya que aunque separada, ella mantiene su condición civil de casada debido a la rigidez de las leyes francesas contra el divorcio, lo que se discute en *Peregrinaciones*.

tación al lugar, al clima, a las circunstancias sociales. Luego del poncho, su prima le envía desde Arequipa “dos vestidos de amazona (para la cabalgata hacia dicha ciudad), zapatos, guantes y una cantidad de objetos para el caso de no tener mis maletas conmigo y pudiese necesitar vestidos” (*Peregrinaciones* 157). El asunto es que no sabemos si tenía o no sus maletas consigo. A su llegada a Arequipa, Flora Tristán menciona que se le hizo a todo apuro un traje negro para respetar el luto familiar por la muerte reciente de su abuela⁴.

El verdadero marinero y la falta de equipaje

Se podrá argumentar que Flora Tristán era pobre y que justamente el motivo de su viaje era reclamar papeles de legitimidad familiar y una herencia a su tío Pío Tristán, uno de los hombres más ricos del Perú. Sin embargo, conforme a la descripción del verdadero marinero con la que Flora Tristán busca identificar su persona pública, se hace posible una lectura complementaria, si no más importante. La viajera nos brinda un cuadro pormenorizado del “verdadero marinero” en los primeros capítulos del libro, cuando ella interactúa con los marineros del Mexicano, el barco en el que cruza el Atlántico. La descripción del “verdadero marinero” está escrita en un tono que mezcla la admiración con la admonición, pero que in-

⁴ No hay que olvidar que también Flora Tristán contaba con cierto capital social por su origen francés, y que su vestimenta podía ser tomada como fetiche por cierto grupo de mujeres arequipeñas, como es el caso de las monjas del convento de Santa Catalina: “¡Cuántas burras cuando entré! ¡La francesita!, ¡la francesita!, gritaban de todas partes. Apenas se abrió la puerta me vi rodeada por una docena de religiosas que hablaban todas a la vez, gritando, riendo y saltando de gozo. La una me quitaba el sombrero, porque era una pieza *indecente*. Me quitaron igualmente la peineta con el pretexto de que era *indecente*. Otra quería sacarme las mangas *abuchonadas* siempre con la misma acusación de ser *indecentes*. ¡Ésta me levantaba el vestido por detrás porque quería ver cómo estaba hecho mi corsé. Una religiosa me deshizo el peinado para ver si mis cabellos eran largos. Otra me levantaba el pie para examinar mis borcegués de París. Pero lo que excitó sobre todo su admiración fue el descubrimiento de mi calzón. Esas buenas jóvenes son sencillas, pero sin duda había más indecencia en sus preguntas que en mí sombrero, mi peineta y mis vestidos. En una palabra, aquellas señoras me revolvieron en todo sentido y actuaron conmigo como hace un niño con la muñeca que se le acaba de dar” (*Peregrinaciones* 290).

dudablemente refleja su atracción hacia este tipo de personaje, que como ella, viaja sin ropa adecuada para el viaje y con un futuro incierto, pero no por una carencia, sino por un estilo de viaje:

El verdadero marinero, como decía Leborgne, no tiene patria ni familia. Su lenguaje no pertenece, en un sentido propio a ninguna nación. Es una amalgama de palabras que ha tomado todas las lenguas, de la de los negros, y la de los salvajes de América, así como la de Cervantes y la de Shakespeare. No tiene más vestidos que los que lleva puestos; vive al azar sin inquietarse por el porvenir. Recorre la vasta extensión de los mares; vaga en el seno de las selvas por las poblaciones salvajes o gasta en pocos días, en algún puerto o con mujeres públicas, el dinero que ha ganado penosamente durante una larga travesía. El verdadero marinero deserta cada vez que puede y pasa sucesivamente a bordo de las naves de todas las naciones, visita todos los países, satisfecho de ver y sin tratar de comprender nada de lo que ve. Es un pájaro viajero que descansa unos instantes en los árboles que encuentra en su camino pero que se fija en nada en ningún bosquecillo. El verdadero marinero no se apega a nada, no tiene ningún afecto, no quiere a nadie ni siquiera se quiere a sí mismo (*Peregrinaciones* 74).

En esta descripción romántica del “verdadero marinero” al estilo de Arthur Rimbaud, poeta y también viajero, se refleja un ideal del viaje y del viajero paria, ideal a partir del cual se puede entender la relación de Flora Tristán con su equipaje nulo, su viaje sin acompañantes (sin su hija por ejemplo). Hay toda una tradición literaria que adscribe al viajero en este sentido. Siguiendo a Rimbaud, Roberto Bolaño, por ejemplo, habla del viaje en los mismos términos de Flora Tristán. El viaje es de los condenados, es perderse en territorios desconocidos, renunciar a todo y al mismo no tener nada que perder: “Se asemeja al viaje que hace el enfermo a bordo de una camilla, desde una habitación a una sala de operaciones” (como también lo fue el viaje de Rimbaud de África a Marsella para que le amputaran la pierna). El viajero se encuentra así con un “oasis de horror” (Bolaño 154). Cuando luego de siete meses de estadía en Arequipa su herencia le es negada, Flora Tristán habla de este mismo oasis de horror, citando a otro viajero, a Bernardino de Saint-Pierre:

Reconocí entonces toda la verdad encerrada en aquellas palabras de Bernardino de Saint Pierre en las que compara la desgracias del Himalaya, desde cuya cima todas las montañas circundantes no parecen sino montículos pequeños y desde donde se descubren los hermosos países de Cachemira y Lahore. Había llegado al apogeo del dolor y debo decir, para consuelo del infortunio, que alcanzado este punto extremo encontré en el dolor

gozos inefables, celestiales, podría decir, y de los cuales mi imaginación no había sospechado la existencia (Tristán, *Peregrinaciones* 237).

En su viaje de regreso a Francia, al pasar por Lima, donde se queda por dos meses, Flora Tristán, sin herencia y con un módico préstamo de su tío, se da cuenta de que el dinero no le alcanzará y entonces decide nada menos que vender todos sus vestidos, que en esta oportunidad describe enfáticamente como muy modestos, pero que juntos suman la cantidad de 200 pesos, con los que podrá pagar su hospedaje en Lima. En el mismo párrafo en el que relata su decisión de renunciar a su lucha por la herencia y sus ambiciones de medrar en la política de la guerra civil al salir de Arequipa se anuncia también la venta de su equipaje. Esta coincidencia la hace exclamar: “¡Oh, me sentí feliz! Había renunciado a todos mis proyectos de ambición, y no quería oír hablar de política. Volví a ser joven, alegre, y por primera vez en mi vida, de una despreocupación completa. Jamás he gozado de mejor salud. Engordaba a ojos vistas, dormía perfectamente. En una palabra, puedo decir que esos dos meses constituyen la única época de mi vida en que no he sufrido” (*Peregrinaciones* 364).

El liberarse del equipaje y el homologar así su persona a la del verdadero marinero no debe confundirse con una apología de la pobreza y el sufrimiento causado por la explotación de los poderosos. En repetidas oportunidades, Flora Tristán habla en contra de la esclavitud y la miseria que encuentra durante su viaje, tanto en África como en el Perú. Vale la pena recordar también que ella no quería ser pobre, por eso viaja en busca de su herencia, y que al volver a Europa, escribe *Paseos en Londres* (1840), en donde critica ampliamente la situación de mujeres, obreros y niños empobrecidos en las fábricas de la metrópolis industrial: “La esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco al proletariado inglés” (Tristán, *Paseos en Londres* 55)⁵. Cuando se con-

⁵ Hablando de la carencia del obrero inglés, dice: “La mayor parte de los obreros carecen de vestidos, de cama, de muebles, de fuego, de alimentos sanos y a menudo incluso de papas! Son encerrados doce a catorce horas por día en salas bajas, donde se aspira con un aire viciado, las hebras de algodón, de lana, de lino; las partículas de cobre, de plomo, de fierro, etc., y pasan frecuentemente de una alimentación insuficiente al exceso de la bebida. Casi todos aquellos infelices son endeble, raquílicos, lacerados; tienen el cuerpo flaco, hundido, los

trastan las descripciones de la penuria y carencia del obrero inglés, es fácil advertir que la figura del verdadero marinero no representa la pobreza para Flora Tristán, sino la libertad. No es lo mismo el estar privados de bienes que el no quererlos tener simplemente porque dificultan el viaje⁶.

Entender el socialismo de Flora Tristán significa situarlo en el socialismo utópico francés de 1830 y 1840, posterior a la Revolución Francesa y anterior al marxismo. El socialismo utópico era un socialismo humanitario con un gran sentido de la ética y que no estaba en contra de la propiedad privada, sino que más bien la defendía siempre y cuando no se mantuviera a expensas de los menos favorecidos. Los ideales de la Revolución Francesa, libertad, igualdad y fraternidad, fueron los ideales también de este socialismo utópico, con la preservación de los derechos individuales con una mayor igualdad económica a través de una reforma de las leyes del sufragio y un reordenamiento de las relaciones de propiedad. Fueron los grupos que vieron la Declaración de los Derechos del Hombre en 1871. De entre los varios grupos socialistas de la época se destacaron los seguidores de Saint Simon y los seguidores de Fourier, todo ellos forjados sobre el modelo del Romanticismo en boga, con su

miembros débiles, el semblante pálido, los ojos muertos; se les creería a todos afectados del pecho. No sé si es necesario atribuir a la irritación de una fatiga permanente, o a la sombría desesperación de la cual su alma es presa, la expresión de su fisonomía, penosa de ver, que es casi general en todos los obreros" (Tristán, *Paseos en Londres* 54).

⁶ Cuando murió, a los 41 años, en su casa había principalmente libros y muy pocos bienes de otro tipo. Sin embargo, Flora Tristán no era pobre. Susan Grogan sostiene que al momento de morir, Tristán tenía bonos municipales de la ciudad de París (20,000 francos), acciones en la compañía de trenes de París a Lyon (26,000 francos), entre otras inversiones. Grogan especula que la pensión de su tío peruano sirvió como un puntapié inicial para sus ahorros e inversiones, que ella mantuvo durante el resto de su vida. No llegó a ser rica, pero sí pudo dejar a sus hijos una módica herencia. Grogan critica la posición contradictoria de Flora Tristán como inversionista, cuando por otro lado pregonaba la recompensa por trabajo realizado, el principal derecho de los pobres, y denunciaba el usufructo de la fuerza de trabajo por parte de los burgueses que no trabajaban (Grogan 111). Sin embargo, si se considera que ella no contaba con bienes materiales, sino sólo con libros, es muy probable que sus ahorros estuvieran destinados a asegurarse una vejez sin mayores apuros como mujer sola y una herencia para sus hijos.

culto a la libertad y a la individualidad y cierto pesimismo sobre la condición del hombre frente a la sociedad. Flora Tristán, aunque inmiscuida en todos los detalles de sus propuestas políticas y filosóficas nunca llegó a adherir totalmente a ellas. La mayoría de estos grupos integraban y hablaban a los intereses tanto de burgueses como de trabajadores, con lo que Flora Tristán mantenía una relación ambigua y contradictoria. Gracias a sus viajes por Perú, Inglaterra y Francia, Flora Tristán había observado la explotación de los obreros por parte de la burguesía y había vislumbrado, como Marx lo teorizaría más adelante, la imposibilidad de una alianza entre ambos grupos para el mejoramiento social. La unión obrera que Flora Tristán quería formar no estaría integrada por burgueses y su posición anti-burguesa fue motivo de su separación con respecto a los demás grupos socialistas. Su posición no era revolucionaria; no obstante, no llegó a ver como Marx la lucha de clases de clases como un paso indiscutido en la dialéctica de la historia. Para Flora Tristán, más bien, esta lucha consistía en representación política y mayores conquistas sociales para los obreros gracias a la Unión Obrera, sin llegar a hacer nunca uso de la violencia. Asimismo, los obreros que Flora Tristán organizaba no eran solamente obreros especializados como pretendían muchos de los grupos socialistas, sino todo tipo de trabajadores, incluso los trabajadores manuales, que incluían un gran número de mujeres (Grogan 97-114).

Su mayor crítica a estos grupos estaba dirigida a una visión demasiado teórica, que Flora Tristán quería ver planteada en términos prácticos para los trabajadores y sobre todo en las discrepancias frente a la condición de la mujer. Susan Grogan sostiene que Flora Tristán criticaba en los socialistas el exceso de sectarismo y el autoritarismo jerárquico de sus líderes. La libertad de las mujeres fue tema de constante pugna entre Flora Tristán y el socialismo utópico. El código civil instituido por Napoleón en 1804 coartaba la libertad de la mujer al subordinarla a la autoridad de su marido. Las mujeres no tenían derecho al divorcio, ni a votar ni a organizarse, tampoco a asociarse ni a formar clubes de mujeres. El código privilegiaba incluso la autoridad y los derechos del hombre sobre los hijos y prohibía a las mujeres el uso de los bienes propios sin el consentimiento de sus maridos. Después de la derrota de Napoleón en Waterloo y aún dentro de los grupos socialistas de los años 30, las mu-

jeres continuaban siendo víctimas de la diferencia de género entre sus correligionarios (Bascio-Mule 147).

Por eso, la decisión de vender su equipaje en *Peregrinaciones* es paralela a la admiración profunda por la libertad que exhiben las limeñas, en oposición, gracias a su vestuario. La ausencia de ropa así como la vestimenta de las limeñas se compara en igualdad de condiciones en cuanto ambas situaciones aseguran la libertad y la movilidad de las mujeres. “No hay ningún lugar sobre la tierra donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima”, dice Flora Tristán al describir el manto y la saya de la tapada limeña, de gran elegancia y sensualidad (*Peregrinaciones* 393). Ni siquiera el vestido parisino puede competir con la seducción del vestido nacional de la mujer limeña. Flora Tristán describe con admiración el accionar de la tapada limeña, que gracias a su vestido, puede caminar por la calle libremente evitando ser reconocida por su marido y por otras gentes. Justamente, la libertad tanto de la tapada como de la viajera sin equipaje se resalta al contrastar el vestuario ornamentado y excesivo de Pancha Gamarra antes del exilio, luego de perdida la guerra civil y despojada del poder político:

Estoy segura, querida Florita, de que usted, cuyo de vestir es tan sencillo, me encuentra muy ridícula con mi grotesca indumentaria. Pero creo que habiéndome ya juzgado debe usted comprender que estos vestidos no son los míos. Usted ve allí a mi hermana [...]. Es ella quien esta mañana me los ha traído y me ha suplicado que me los ponga para darle gusto a ella, a mi madre y a los demás. Esas buenas gentes se imaginan que mi fortuna podrá rehacerse si yo consiento en usar vestidos llegados de Europa. Cediendo a estas instancias me he puesto este traje en el cual me siento molesta, esas medias que son frías para mis piernas, ese gran chal que temo quemar o ensuciar con la ceniza de mi cigarro. Me gustan los vestidos cómodos para montar a caballo, soportar las fatigas de una campaña y visitar los campamentos, los cuarteles y las naves peruanas. Son los únicos que me convienen. Desde hace mucho tiempo recorro el Perú en todas direcciones, vestida con un largo pantalón de tosco paño fabricado en el Cuzco, mi ciudad natal, con una amplia chaqueta del mismo paño, bordada de oro y con botas de espuelas de oro (*Peregrinaciones* 414).

Aunque la tapada limeña y Pancha Gamarra hagan uso de la vestimenta como signo clave de su libertad, su ropa en ambos casos señala a un lugar de procedencia: el vestido de la limeña es único en el mundo, dice Flora Tristán, y Pancha Gamarra habla de su atuen-

do de mando cuzqueño. Incluso la cita anterior, donde se describe el vestuario francés, hace referencia al destino europeo del exilio y la necesidad de ajustarse a la moda y la sociedad en la que se vivirá. Frente a los mandatos del origen y el destino sobre el traslado de cosas, principalmente el vestuario, Flora Tristán reclama el lugar del “verdadero marinero” –sin ropa acorde a los lugares que visita–, resaltando sus facetas de universalidad y cosmopolitismo. Como ella misma lo menciona, en el puerto del Callao, la vestimenta sin origen ni destino del marinero coincide con el cosmopolitismo que ambiciona para ella:

Veía grupos de ingleses, de americanos, de franceses, de holandeses, de alemanes. En suma, una mezcla de casi todas las naciones y palabras de todas las lenguas llegaban hasta mis oídos. Al oír conversar a estos marinos comprendí el encanto que su vida aventurera debía de tener para ellos y el entusiasmo que inspiraba el verdadero marinero Leborgne (*Peregrinaciones* 359).

Antes he dicho que, conforme a esta descripción, el verdadero marinero es aquel que sin equipaje se enfrenta a los oasis de horror. Es el paria, que como Flora Tristán, no “tiene patria ni familia”, no tiene herencia ni lugar de procedencia ni equipaje. Remarcando la escasez de bienes como escasez de hogar paterno o legitimidad es indispensable para entender la persona política de Flora Tristán como el “verdadero marinero” en los albores de la lucha política y social que encabezará apenas retorna a Europa y de la que sus libros *Promenades dans Londres* (1840) y *Union ouvrière* (1843), sobre la condición de los obreros, mujeres y niños en la Europa de la revolución industrial, darán testimonio. *Peregrinaciones de una paria*, publicado en 1838, cuatro años después de su viaje al Perú, refleja la insipienteza de su lucha política que ella concibe, ya desde el Perú, como internacional y cosmopolita.

Conclusión

Si bien la designación de paria es negativa, Flora Tristán la revierte y la transforma en paradigma poderoso al homologarla al “verdadero marinero” en *Peregrinaciones de una paria* y a “la madre mesiánica” en la *Unión obrera*. En ambos casos, la asociación de la paria con estos símbolos culturales de gran capital simbólico para el Romanticismo sirve a los fines de construir y reforzar una persona

pública de superioridad moral y trascendencia internacional, apta para asumir su rol de liderazgo.

Este trabajo se basó en una lectura de los objetos con los que Flora Tristán viajó al Perú y que usó como símbolos no de desposesión, sino de libertad. Curiosamente, la ausencia de los mismos en su viaje, a diferencia de Humboldt y Mansilla, estableció su capital “moral”. Para Humboldt, los objetos fueron signos de reconocimiento científico en la metrópolis; para Mansilla, el equipaje fue su capital de distinción social. En contraposición, la carencia de objetos y vestidos en su viaje fue exaltada por Flora Tristán para legitimar su posición de liderazgo político conforme a los cánones del Romanticismo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Basadre, Jorge “Prólogo” a Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una paria*. Lima: Editorial Cultura Antártica, 1946. V-XXIII.
- Bolaño, Roberto. *El gaucho insufrible*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Boscia-Mulé, Patricia. “Flora Tristán: The Sociologist and the Woman”. En *Lost Sociologist Rediscovered*. Mary Ann Romano, ed. Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press, 2002. 137-171.
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1998.
- Brown, Bill. “Thing Theory”. En *The Object Reader*. Fiona Candlin and Raiford Guins, editors. London/New York: Routledge, 2009. 139-152.
- Darr William. “Prologue”. En Tristán, Flora. *Flora Tristán's London Journal, 1840*. Boston: Charles River Books, 1980.
- Gómez, Leila. “The Philosopher Traveler, Secularization in Learning in Spanish America and Brazil”. En *The Blackwell Companion to Latin American Studies: Culture and Literature*. Sara Castro-Klarén, editor. Malden, MA: Blackwell, 2008. 247-261.
- Grogan, Susan. *Flora Tristán. Life Stories*. London/New York: Routledge, 1998.
- Humboldt, Alexander von. *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent during the years 1799-1804*. Philadelphia: M. Carey, 1815.
- Latour, Bruno. *Science in Action. How to follow scientists and engineers through society*. Cambridge, MA: Harvard UP, 1987
- Mansilla, Eduarda. *Recuerdos de viaje* [1882]. Buenos Aires: Stockcero, 2006.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel and Transculturation*. New York: Routledge, 1992.
- Said, Edward. *Orientalism* [1978]. London/New York: Routledge, 2006.
- Salvatore, Ricardo, editor. *Culturas imperiales*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2005.

- Tristán, Flora. *El tour de Francia (1843-1844)* [1973]. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 2006.
- . *Nécessité de faire bon accueil aux femmes étrangères*. Paris: Delaunay, 1835.
- . *Paseos en Londres* [1940]. Lima: Biblioteca Digital Andina. <http://www.comunidadandina.org/bda/>. Acceso 11-29-2013.
- . *Peregrinaciones de una paria (1833-1834)* [1838]. Lima: Orbis Ventures S.A.C, 2005.
- Van Den Abbeele, Georges. *Travel as Metaphor: From Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1991.